

FRANCIS METIVIER

ISA PYTHON

SCHOPENHAUER

El descubrimiento del mundo

Traducción de
Carlos Javier González Serrano

(Profesor de Filosofía, presidente de la Sociedad
de Estudios en Español sobre Schopenhauer
y miembro honorario de la Sociedad Iberoamericana
de Estudios sobre Pesimismo)

Alianza editorial

Aquí tenemos a Arthur y a su perrita, Atma. Ellos nos explicarán las ideas del célebre libro de Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación* (que llamaremos *El Mundo*).



Para comenzar, tomemos nota de una muy original afirmación del pensamiento del filósofo alemán:
es una metafísica sin Dios.



El recorrido que sigue El Mundo es lógico y consta de cuatro principios:

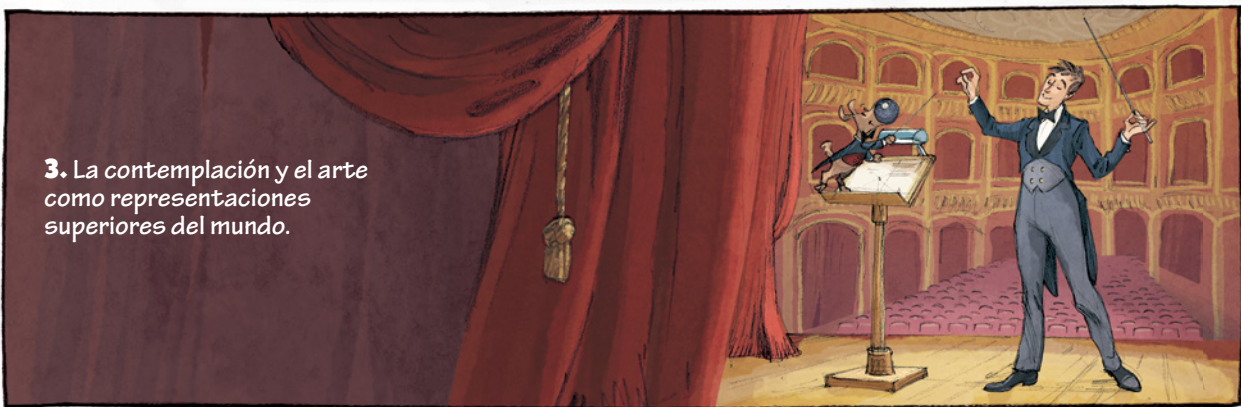
1. El conocimiento del mundo mediante la representación de la razón, la experiencia y la ciencia.



2. La voluntad del mundo, que se expresa y objetiva mediante todos los seres vivos.



3. La contemplación y el arte como representaciones superiores del mundo.



4. La moral como expresión de la voluntad en su afirmación y negación.



Parte 1

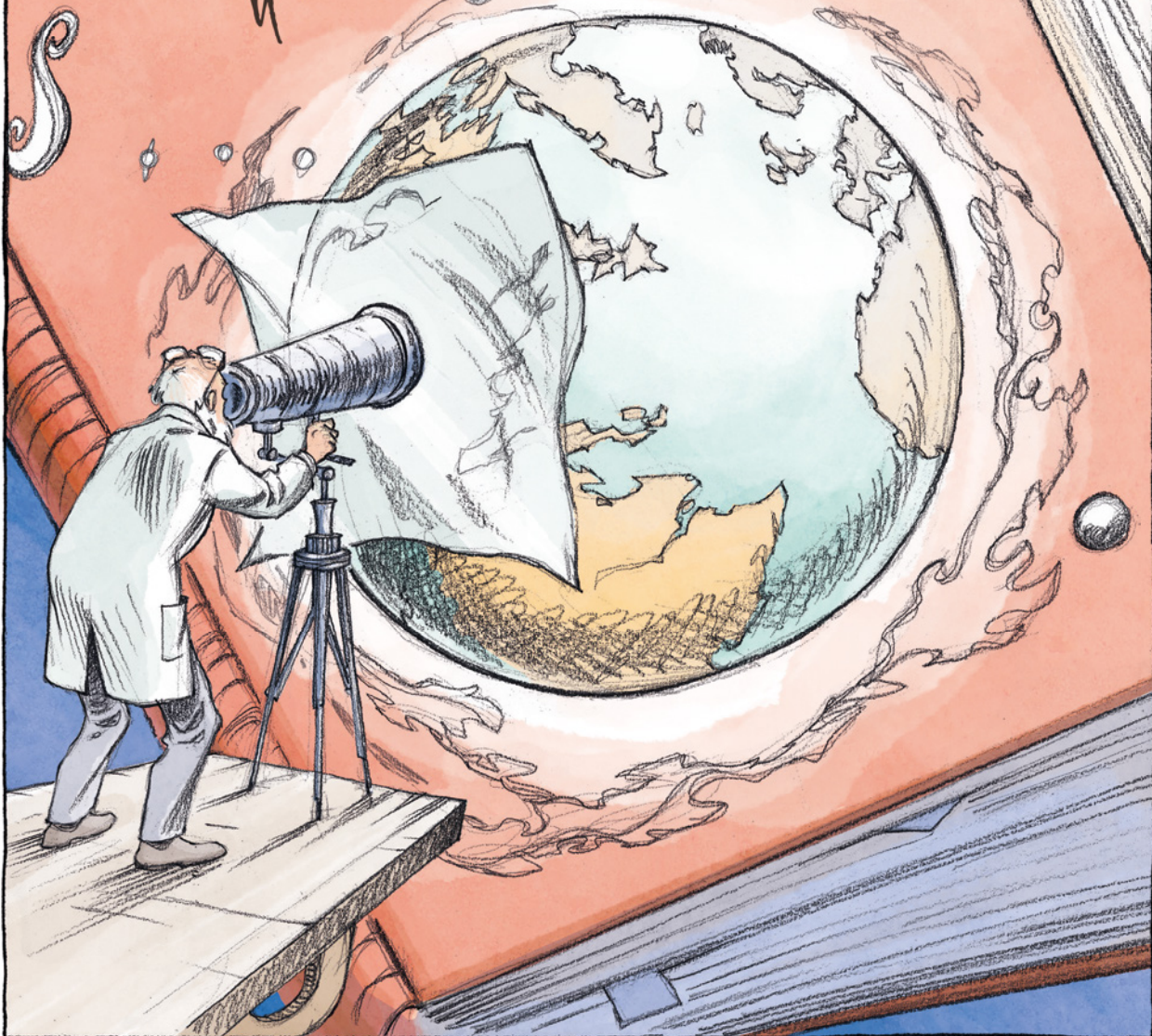
El mundo como representación EL CONOCIMIENTO

La filosofía
de Schopenhauer
se sustenta en dos
principios...



Arthur
Schopenhauer
El mundo
como voluntad
y representación

Primer principio:
«El mundo es mi
representación».



Segundo principio:
«El mundo es mi voluntad».



Veremos
este segundo principio
un poco más tarde.

¿Qué quiere decir:
«El mundo es mi
representación»?

Que nosotros
no conocemos las
cosas tal como ellas
son, objetivamente,
sino tal y como las
percibimos.

Más o menos,
como si hubiera un
velo entre nosotros
y el mundo.

Schopenhauer compara la representación con el velo de Maya, divinidad hindú, situado delante de nuestras percepciones: «Es la Maya, el velo de engaño que envuelve los ojos de los mortales y les hace ver un mundo del que no se puede decir que sea o que no sea...»



... un mundo que se parece
al sueño...

... al resplandor del sol sobre la arena que
el caminante confunde de lejos
con el mar...

... o también a una cuerda
tirada en el suelo que
confunde con una serpiente».

Cuando ves la tierra,
no estás viendo la tierra.

Entonces
¿qué veo?

Ves un ojo que
ve esta tierra.

No conoces la naturaleza,
sino tu propio entendimiento,
que intenta conocer
la naturaleza.

Y eso que conoces
de la naturaleza es lo
que ves a través de tus
pensamientos.

Y cuando coges tierra,
no sientes esa tierra
independientemente de la
mano que la toca.

Sí, siento mi pata
tocando esta tierra;
¡nunca lo había pensado,
qué curioso!

Es cierto, necesitas
los dos ojos para ver
y un entendimiento
para comprender lo
que los ojos ven.

Esto es la representación:
la comprensión
de lo que perciben tus sentidos.

Por tanto, si captásemos las cosas en sí mismas, de manera pura, sin la intervención de nuestros ojos, de nuestras manos y de nuestro entendimiento, la cosa estaría ahí mismo, objetivamente, pero entonces seríamos nosotros quienes no seríamos.

¿Un mundo sin seres humanos?

Y ¿qué ocurriría si cerraras los ojos?
¿Si cerraras todos tus sentidos y dejaras de pensar?
¿Un hombre sin mundo?



Pero en el fondo, ¿qué puede probar que el mundo sea mi representación?

¡La prueba somos nosotros mismos! Nosotros somos los sujetos pensantes, los seres cognoscentes. Nuestra representación del mundo es el conocimiento que de él tenemos mediante nuestra razón.

Yo te veo en el mundo.

Igual que yo.



Te veo en el mundo, pero no me veo a mí.

Yo tampoco me veo cuando te veo.

Y ¿ves en mí mis sentimientos, mi voluntad?

Eso sí que no.



Aunque el sujeto conoce los objetos, las cosas del mundo, por el contrario él no se conoce ni puede ser conocido.



Yo soy y existo porque pienso.

«Pienso, luego existo», dijo Descartes: por supuesto, pero yo sé de mí como sujeto cognoscente.

Ah, ¿sí?

Y tanto. No puedo estar completamente seguro de que el mundo existe si yo no lo pienso.



Entonces, «todo aquello que existe sólo existe para el sujeto», el yo.

Toma, para ti.

Gracias.



Incluso mi propio cuerpo es para mí un objeto de representación.

¡Me estás lamiendo el pie, Atma!

Esta representación es inmediata, a diferencia de lo que no veo.



Ya decía yo... Lo siento, me confundí de pata.



Pero ¿por qué nunca conocemos realmente al sujeto, que sin embargo es el único capaz de conocer?

¡No insistas y deja de hacer contorsiones! ¡Nunca podrás verte directamente! Lo mismo sucede con tu mente.

El motivo es el siguiente: el sujeto es pura voluntad. Pero la voluntad es ciega. Ella tan sólo quiere vivir. Cuando un sujeto desea, no piensa. Si la voluntad se hace presente, la razón está perdida; cuando la razón regresa, la voluntad se duerme.



En consecuencia: «Si este sujeto único desaparece, al mismo tiempo también desaparecerá el mundo como representación».



Por lo tanto, a veces no diferenciamos entre el sueño y la vigilia: al despertar, nos preguntamos si no seguiremos soñando.



Schopenhauer recuerda que muchos escritores han considerado el sueño como el símbolo poético de nuestras representaciones, como Sófocles...

Ya veo que, mientras vivamos, no somos más que quimeras, una sombra vana.



... o Shakespeare...

Estamos tejidos con la misma tela que los sueños, y nuestra breve vida no es más que un sueño.



En conclusión...

La vida y los sueños son las hojas de un mismo libro. De ahí que el mundo sea mi representación.



¿De qué se compone mi representación del mundo? Schopenhauer identifica dos elementos fundamentales en el conocimiento que conforman mi representación del mundo: la intuición y el concepto.

Es normal, tú eres un humano y yo soy un animal.

Yo soy el concepto y tú eres la intuición.

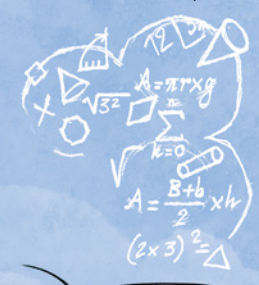


¿Qué es la intuición?

¿Qué es el conocimiento conceptual?

La intuición es el conocimiento directo de cualquier cosa sin ningún elemento intermediario, sin concepto o demostración racional.

Es el conocimiento de las cosas mediante una prueba, es decir, una demostración que se sirve de conceptos.

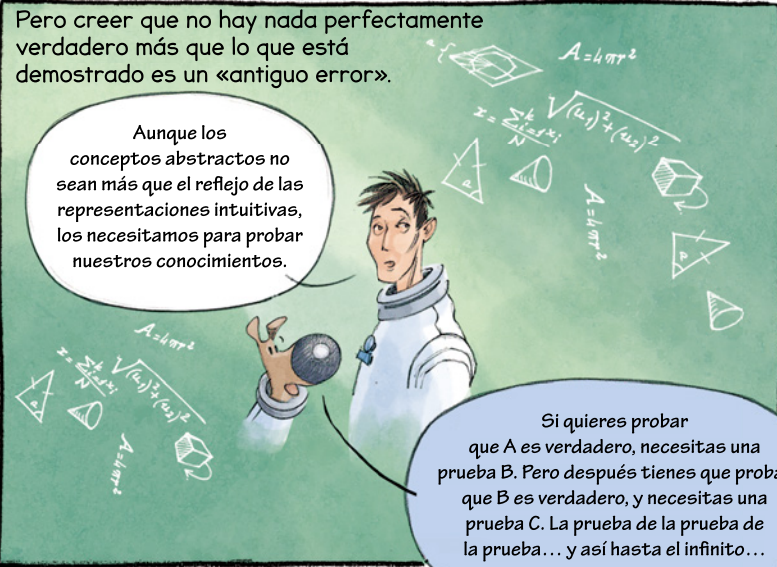


Pero creer que no hay nada perfectamente verdadero más que lo que está demostrado es un «antiguo error».

Aunque los conceptos abstractos no sean más que el reflejo de las representaciones intuitivas, los necesitamos para probar nuestros conocimientos.

Si quieres probar que A es verdadero, necesitas una prueba B. Pero después tienes que probar que B es verdadero, y necesitas una prueba C. La prueba de la prueba de la prueba... y así hasta el infinito...

La intuición ilumina, el razonamiento es iluminado.



Una verdad intuitiva es como el agua emanada de su fuente. Una verdad que proviene de una demostración es esa misma agua pero llevada por un acueducto.

¿Podrías darme un ejemplo concreto?

Tienes la intuición del espacio, sin la cual no comprenderías los movimientos de un ser.

Tienes la intuición del tiempo, sin la cual no comprenderías la velocidad de movimiento de un objeto.

Y ¿qué más?



Sabes por intuición que la parte es más pequeña que el todo, o que es el punto el que compone la línea y no al revés.

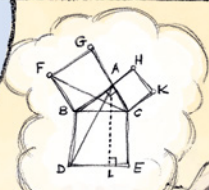
¿Es que podría ser de otra manera?

Las verdades más profundas son indemostrables.

Pero sirven para demostrar.

¡Exactamente!

Otro ejemplo es el teorema de Pitágoras: el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de las longitudes de los otros catetos.



Y ¿entonces?

Entonces... nada, es una evidencia que no se puede demostrar.

Schopenhauer plantea una llamativa idea: antes de ser probada, toda verdad debe encontrar su fuente.

Ven...

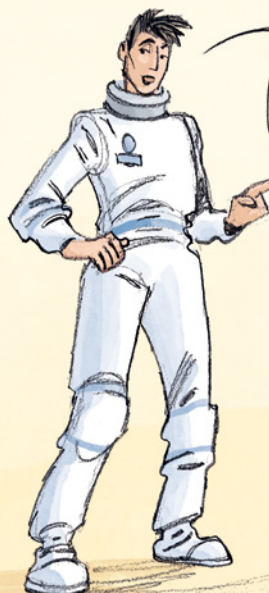
La cuestión del cuerpo vuelve aquí en su relación con el mundo.



Ya ves, tienes un cuerpo...

Sí, lo sé, gracias. Y ¿qué pasa? Tú también tienes un cuerpo...

¿Mi cuerpo es parte de mí o del mundo? Si es parte del mundo, entonces es también una representación.



Para mí, tu cuerpo es parte del mundo y es igualmente una representación. Y para ti, ¿tu cuerpo es parte de ti mismo o del mundo?

«El propio cuerpo» o, en otras palabras, mi cuerpo, es la condición de la intuición en tanto que percepción sensible.



Sí, qué difícil de admitir, mi cuerpo es parte del mundo: lo veo como un objeto.



El cuerpo está íntimamente ligado al entendimiento, es decir, a la facultad de conocer una causa por su efecto.



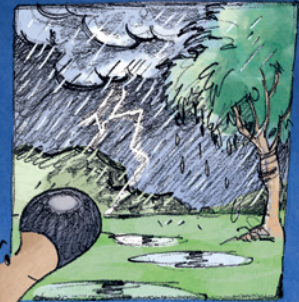
Creo que te has resfriado...

El principio de «razón suficiente» afirma que nada sucede nunca sin una razón, sin causa, incluso si esta causa no puede captarse.

¿De dónde viene el mundo? ¿De dónde vienen todas las cosas?

De su voluntad, ¡como tú!

Así pues, el mundo como representación es un efecto, producido por el entendimiento, de la sensación que nos informa de la causa de los fenómenos.



El entendimiento es, pues, una facultad común a todo ser animal, y no solamente del ser humano. El conocimiento no revela un saber racional, sino intuitivo.

Conoces a este gato y un día te araña. Tu entendimiento te dice: «gato = arañar».

La «estupidez» es la falta de entendimiento. Es «estúpido» quien no conoce la conexión entre fenómenos.

